

## **‘Herida por las flechas del amor divino’: manifestaciones del erotismo en las relaciones entre mujeres religiosas y sus ángeles**

María González-Díaz<sup>1</sup>  
(Universidad Complutense de Madrid)

### **1. Introducción**

En *La mirada interior: Mística femenina en la Edad Media*, Victoria Cirlot y Blanca Garí (73-129) detallaron el modo en que, ya en la espiritualidad del siglo XIII, la mística se erigía como la experiencia de la unión amorosa para la que se tomaba como modelo fundamental *El Cantar de los Cantares*. En el fenómeno de la mística amorosa, personalidades como Hadewijch de Amberes (m. s. XIII) o Beatriz de Nazaret (1200-1268) hablaron, según nos permiten saber sus obras conservadas, sobre el abismamiento de alma en Dios, así como del goce o de la privación nacidos de su encuentro o distanciamiento con Él. Esta relación derivada de la vivencia mística y visionaria, que era al mismo tiempo exterior e interior, ponía en el centro de la ecuación a sus dos figuras únicas e indispensables: el alma y el Creador, que desempeñaban al unísono los roles del Amado y de la amada, del Esposo y de la esposa. Sin embargo, las investigadoras también recogieron (de forma marginal) un pasaje del *Libro de las visiones* de Hadewijch en el que, sorprendentemente, se dejaba ver un tercer elemento en el referido vínculo de dulzura y dolor en el que se sumergía el alma durante la unión amorosa, me refiero a un ángel. Este enviado divino, que obraba como guía y mediador en sus visiones del Cielo, ocupó, por un momento, el lugar de Cristo, del Esposo, para conversar con su esposa acerca de su experiencia visionaria:

Entonces el ángel me habló de nuevo: ‘Ahora mírame unido en unidad a tu Amado, y tú eres mi amada, amada conmigo. Estos cielos perfectos que ves son el suyo y el mío. Y lo que viste como dos reinos asolados eran nuestras dos humanidades antes de alcanzar su pleno crecimiento. Yo crecí primero y, sin embargo, permanecemos iguales. Y ella crecerá hoy plenamente y llegará mañana contigo a su reino, y con todo permaneceremos iguales’. (Cirlot y Garí, 87)

Esta actuación angélica enunciaba diversas cuestiones inherentes a la propia naturaleza de los ángeles que era preciso revisar. En primer lugar, aludía a la idea veterotestamentaria de la identificación o intercambio eventual entre Yahvé y el ángel de Yahvé (Caquot, 3).<sup>2</sup> En segundo lugar, podían encontrarse ciertas reminiscencias de la

---

<sup>1</sup> Este trabajo se enmarca en el Proyecto I+D *Catálogo de Santas Vivas (Fase Final): Hacia el primer modelo de santidad femenina de la Contrarreforma* (PID2023-146357NB-I00; financiado por MICIU/AEI/10.13039/501100011033/FEDER, UE y dirigido por Rebeca Sanmartín Bastida) y se ha llevado a cabo gracias al programa de Ayudas para la Formación de Profesorado Universitario (FPU20/03453) del Ministerio de Universidades de España.

<sup>2</sup> Sobre la difícil lectura del ángel de Yahvé se han pronunciado numerosos investigadores. En este sentido, André Caquot (3) ha expuesto que la supuesta identificación con Dios obedece a la misión principal del ángel, es decir, a que el ángel habla igual que Dios porque como mensajero debe repetir palabra por palabra el mensaje que se le ha encomendado comunicar. Manlio Simonetti (307) menciona que la sustitución de Yahvé por un ángel pudo responder a la intención de neutralizar la presentación demasiado antropomórfica de la divinidad. Marco Bussagli (219), valiéndose de la opinión del teólogo irlandés John Quinlan, sostiene que, cuando la Sagrada Escritura se refiere a Dios diferenciado del hombre, aparece Yahvé, pero que, en el momento en que este interfiere en la historia, el que se deja ver es el ángel de Yahvé. Sin embargo, no deja de reconocer la complejidad del tema y señala episodios en los que esta teoría no pudo aplicarse. En cuanto a Pierre-Marie Galopin (77), ofrece tres teorías para la interpretación: 1) la teoría de la identidad, 2) la teoría

especulación sobre la sexualidad de los ángeles, tanto del pasaje bíblico de Sodoma y Gomorra (Génesis 19, 4-5) como de la caída de los ángeles a raíz de su unión con mujeres que teorizaron por primera vez algunos apologetas del siglo II, como Justino Mártir o Atenágoras (Tavard 1973a, 20). Sin embargo, ya a finales del siglo IV y principios del siglo V la angelología experimentó un notable cambio, orientado hacia la precisión, de la mano de figuras como Jerónimo de Estridón, quien purificó el núcleo central del dogma cristiano, desterrando creencias sospechosas sobre los ángeles, como la supuesta unión sexual de algunos de ellos con mujeres pecadoras (Tavard 1973b, 43; Pons 2003, 20). A partir de este temprano momento, y gracias a la reiterada acción conciliar, el culto a los ángeles fue conducido por derroteros ortodoxos hasta el punto de que al final de la Edad Media dejó de ser un problema para la Iglesia.<sup>3</sup>

Si bien este hecho es innegable, parece que, como ocurría con Hadewijch, en los relatos hagiográficos sobre algunas religiosas que vivieron entre finales del siglo XVI y principios del siglo XVII se pueden localizar diferentes dimensiones del amor o del erotismo asociadas a los ángeles. Basta recordar el caso de la transverberación de Teresa de Jesús, quien narró, con una gran plasticidad barroca, en los últimos capítulos de su vida, el modo en el que un ángel desencadenó la violencia del amor divino en su cuerpo, hiriendo con un dardo su corazón (Teresa de Jesús, 294-295).<sup>4</sup> En este trabajo me dedico a profundizar en las historias de Marina de Escobar (1554-1633), Margarita de la Cruz (1567-1633), Martina de los Ángeles (1573-1635) y Juana de Jesús María (1574-1650). A pesar de que se trata de mujeres con trayectorias vitales muy distantes (no solo en lo relativo a la manifestación particular de la forma de vida religiosa a la que se acogieron, sino también en el hecho de que la segunda de ellas no tuvo experiencias místicas), resulta especialmente revelador analizar la imagen del ángel que perfilaron sus hagiógrafos en los textos, donde la tentación, el amor, los celos y la castidad se inscribieron en el marco de la relación íntima que mantuvieron con Dios, y se integraron en una elaboración simbólica del deseo propia del discurso religioso.

## 2. Los ángeles y la tentación: el caso de Marina de Escobar

Empezando con el breve recorrido que he trazado para este estudio, cabe señalar que el trato que estableció Marina de Escobar con los seres angélicos se convirtió en una prueba fehaciente de la pureza que presentó a lo largo de su trayectoria.

La vida de Marina de Escobar ha sido abordada por la crítica académica desde ámbitos disciplinares diversos debido a la gran popularidad que alcanzó en la Valladolid del siglo XVII.<sup>5</sup> Nació el 8 de febrero de 1554, fruto de la unión matrimonial entre Diego

---

de la representación y 3) la teoría de la interpolación. Finalmente, Mart-Jan Paul (2007), atiende a cuestiones gramaticales para analizar estos complejos pasajes.

<sup>3</sup> El culto a los ángeles, exaltado por el interés de las sectas nacientes en los primeros siglos cristianos hacia la angelología, procuró el recelo oficial de la Iglesia, que quedó plasmado en diferentes concilios.

<sup>4</sup> Téngase en cuenta que, como demostró Sanmartín Bastida (2013, 289), el episodio de la transverberación no fue un hecho aislado ni, mucho menos, exclusivo en la trayectoria de la carmelita abulense; por el contrario, ya podía intuirse en visionarias del Medievo, como en Gertrudis de Helfta (1256-1302) o la mencionada Beatriz de Nazaret, de las que Teresa fue, asimismo, sucesora. Concretamente, en Beatriz, la confluencia simbólica de la lanza y del dardo del amor, que penetró en su costado como se insertó en la Pasión el costado de Cristo, la pusieron sobre aviso, al mismo tiempo, de que fue la esposa elegida en *El Cantar de los Cantares* y de que tenía un lugar reservado entre los perfectos que siguen los pasos del Hijo de Dios (Cirlot y Garí, 115). De hecho, las cuatro mujeres que estudio se mueven entre el modelo teresiano y el modelo cateriniano, reproducido en la Castilla tardomedieval por las santas vivas y que explico más adelante.

<sup>5</sup> Remito al pionero trabajo de María Antonia Fernández del Hoyo (1984). También a algunos de los fundamentales estudios que lo siguieron, como los de Javier Burrieza (2002; 2017), Isabelle Poutrin (2007) y Carmen de Tena Ramírez (2019; 2021).

de Escobar y Margarita Montaña. Fue educada en un ambiente culto y espiritual, propiciado tanto por la acomodada posición de su familia como por la constante intervención e influencia de la Compañía de Jesús en sus primeros años. De hecho, gracias a la labor de esta congregación hoy conocemos la historia de Marina, pues su biografía fue escrita en 1665 por el teólogo jesuita Luis de la Puente, que obró como su confesor durante dieciséis años, y continuada en un segundo volumen que elaboró en 1673 Andrés Pinto Ramírez, religioso de la misma orden (Tena Ramírez 2021, 520). Su temprana inclinación religiosa la condujo a querer profesar en el Carmelo Descalzo, pero este propósito se vio frustrado por motivos inciertos.<sup>6</sup> De este modo, tomó la decisión de permanecer soltera, así como de recluirse en las dependencias de la casa familiar. Desde su hogar, se dedicó a educar en la fe a sus discípulas, un grupo de seguidoras que asumieron un estilo de vida similar al suyo y cuya compañía fue imprescindible para ella, sobre todo a partir de los cuarenta nueve años, cuando unos acusados dolores físicos la dejaron postrada en la cama hasta el final de sus días. Pese a su fragilidad corporal, gozó de una extraordinaria autoridad espiritual en su época, llegando a jugar un papel importante en el consejo de la Corte de Felipe III (Ávila Vivar, 138). A lo largo de su vida, experimentó toda clase de experiencias místicas y vivencias sobrenaturales, mediante las cuales estableció una íntima comunicación con Dios, la Virgen y la corte celestial. De entre sus interlocutores, destacó la figura de santa Brígida, quien le reveló el modo en el que debía realizar la reforma de su regla en España y, por este motivo, trabajó junto a su confesor en este proyecto, si bien ninguno alcanzó a ver la fundación del primer convento, que se produjo el 10 de octubre de 1637. La vallisoletana abrazó el descanso definitivo cuatro años antes, en 1633, ostentando una extraordinaria fama de santidad. Al morir, la orden jesuita y el fervor popular trataron de promover la causa de su beatificación, pero esta empresa quedó truncada.



<sup>6</sup> Tena Ramírez (2019, 30; 2021, 520) ha señalado que pudo ser debido a una prohibición paterna, en relación con la mala salud que la acosaba desde niña, o a una conversación con Teresa de Jesús en la que la abulense le dijo que no era su verdadera vocación y que la esperaban grandes cometidos en el hogar.

Fig. 1. Retrato calcográfico de doña Marina de Escobar. Imagen procedente de los fondos de la Biblioteca Nacional de España, sig. IH/2796.

La intervención angélica en la vida de Marina de Escobar fue, como muestran sus dos biografías, desmedida. Con la lectura de las numerosas páginas que detallan su historia de principio a fin se asiste a una verdadera procesión de ángeles que se acogen a tipologías diversas: desde los que están encargados de su propia asistencia hasta los que, simplemente, ella visualiza en el desempeño de las misiones que les ha encomendado Dios.<sup>7</sup> Centrándose en los primeros, es inevitable comentar el hecho de que Marina no solo fue protegida por su ángel de la guarda, del mismo modo que otras muchas religiosas, sino que, como consecuencia de sus continuados malestares, estuvo bajo el amparo de nueve ángeles más.<sup>8</sup> Estos nueve ángeles pueden agruparse, asimismo, en distintos conjuntos. Por un lado, contó con la presencia de cuatro ángeles que se situaron en sus costados, conformando así una barrera, habitualmente invisible, de cuidado. A un lado se posicionaron san Gabriel ('Fortaleza de Dios'), también llamado Fortitudo, y san Rafael ('Medicina de Dios'), y al otro lado Missus Maior y Missus Minor. Por otro lado, fue congraciada con la compañía del ángel Paraninfo, quien tuvo poderes sobre algunos elementos de naturaleza, como los ríos o los montes, y fue el más bello y poderoso de todos sus ángeles. Y, por último, se le asignó a cuatro ángeles más que la atendían en su aposento, los cuales habitaban una pequeña casa de la que solo salían para consolarla de sus tribulaciones.<sup>9</sup>

La referenciada tutela angélica que recibió Marina, si bien era una prueba del favor divino, también le causó ciertos reparos y preocupación. En concreto, ella, que siempre se creyó indigna de tales beneficios, sintió un desmesurado miedo al pensar que su confesor pudiera malinterpretar esta constante atención por parte de los ángeles con una relación de tintes ilícitos:

“En ocasión de otro grande aprieto –dice la misma– como yo me quejase de lo que padecía, me respondió el Señor’: ‘No tengas pena que, como te he dado cuatro ángeles que asistan contigo y te curen y guarden, yo añadiré otro que tenga también cuenta contigo.’ Dijo ella: ‘Eso no, Señor, ¿qué dirán de mí, que tengo tantos ángeles?, ¿Qué dirá mi confesor?’” (Puente, 10r)

<sup>7</sup> Camila Tórtora (2021) ha propuesto que las visiones de Marina de Escobar fueron una fuente (no estudiada) para la configuración iconográfica de la angelología militar y para la creación del arquetipo visual de las compañías militares andinas.

<sup>8</sup> En el relato del padre Pinto Ramírez se dice abiertamente que fueron once los ángeles de la guarda que acompañaron a Marina de Escobar: “En otra ocasión, por septiembre de 1627, estando para comer todos mis señores los ángeles, que son once con el de mi guarda, se llegaron a mí y rodearon mi cama” (430). Como ha explicado Tena Ramírez (2019, 40), esta variación en el número de ángeles que guardaron a la religiosa se debe a la ambigüedad presente en ciertos pasajes, donde el ángel Paraninfo puede ser acompañado por otro ángel más pequeño.

<sup>9</sup> Sobre los nombres de los ángeles de Marina de Escobar deben tenerse en cuenta varias cuestiones. En primer lugar, el hecho de que el ángel de su guarda no presentara un nombre propio, así como de que los cuatro ángeles que se ubican a sus lados fueran denominados por su oficio, constata que en el texto se trató de no caer en la asignación de nombres apócrifos, es decir, nombres distintos de *Gabriel*, *Miguel* y *Rafael*, siendo los únicos que aparecen en las Sagradas Escrituras. En segundo lugar, no debe extrañar que san Gabriel fuera llamado también Fortitudo, pues ya en el Libro de Tobías se muestra como san Rafael fue nombrado como Azarías hasta que reveló su verdadera identidad (Tobías 5, 4-17). Y, en tercer y último lugar, el nombre del ángel Paraninfo podría llegar a interpretarse, si se atiende a la etimología del término (gr. παράνομος *paránymphos*, lat. tardío *paranimphus*, ‘padrino de bodas’) y a la intimidad de los episodios relacionados con Marina en los que participó, como el ángel que acompaña y custodia a la novia (el alma religiosa) en su camino de unión con Dios.

Con el objetivo de garantizar la honestidad de la religiosa, sus hagiógrafos recurrieron a dos mecanismos diferentes, de idéntica eficacia. Primero, se dedicaron a reiterar una realidad que manifestó al hilo de sus visiones: todos sus ángeles tenían aspecto infantil, específicamente de niños menores de diez años. Segundo, señalaron el recato que mostró con ellos, a pesar de la proximidad física que mantuvieron en el lecho debido a sus achaques. Así, en el capítulo XII del libro I, “De su pureza y castidad, y del rectado que tenía con los ángeles y santos, y cómo hizo voto de ella” (Puente, 54), se describe la forma en que casi no miraba a sus ángeles a los ojos, lo que ponía en evidencia su honestidad y buenos pensamientos:

Lo que más descubre la fineza de la pureza de esta virgen es el recato que tenía con los mismos ángeles que estaban siempre con ella. Aprendiendo también del ejemplo que ellos le daban, no los miraba al rostro sino muy pocas veces y de paso guardando en esto no solamente el respeto que les debía, sino el recato a que su virginal pureza la inclinaba [...]. (Puente, 55)

También se cuenta que, en las ocasiones en las que los ángeles la incorporaron de la cama o la ayudaron a vestirse, no sintió jamás el roce de sus cuerpos, dada su naturaleza incorpórea<sup>10</sup>:

Cuando estaba en la cama con tanta flaqueza que no podía levantarse ni menearse de un lado a otro, acudían cuando era menester a ayudarla los santos cuatro ángeles y el de su guarda, con suma honestidad y decencia. Y aunque se servían de aquella forma aparente de brazos que tenían, pero la ayuda era con un modo espiritual y angélico, sin que ella sintiese tacto del cuerpo humano, y desviando los rostros con sumo recato. Y si alguna vez estaban allí sus compañeras queriendo ayudarla a levantar, ellos se retiraban luego hasta que, cayendo en la cuenta de esto, las avisaba con disimulación que la dejasen un poco y luego volvían los ángeles y con suma facilidad la ayudaban a levantar. [...] Otra vez, teniendo los brazos fuera de la ropa y queriendo meterlos dentro, como no pudiese por su flaqueza, acudió el ángel más pequeño, que está en figura de dos años, a ayudarla. Ella se retiró y lo reusó. Díjola el ángel: ‘¿De qué recelas? Que yo no soy carne, sino espíritu y, cuando fuera de carne, la edad en que me ves te debería quitar ese temor.’ (Puente, 55)

Finalmente, se nos muestra la suspicacia y prevención que mostró ante las visitas de su ángel guardián cuando, a causa de su enfermedad, estaba completamente inmóvil:

Una vez de estas, acercándose a ella el ángel de su guarda para probarla, puso su rostro en frente del rostro de ella de modo que pudo mirarla de hito en hito fuera de su costumbre. Turbose de esto, estrañándole tal modo de ponerse cerca, como quien dudaba si era verdadero ángel el que esto hacía. Pero él conoció su pensamiento y díjola: ‘Mucho me has agradado en este recogimiento y recato que

---

<sup>10</sup> La discusión sobre la corporalidad o corporeidad de los ángeles fue ampliamente debatida por los Padres de la Iglesia, pero encontró su máxima expresión en los teólogos escolásticos del siglo XIII, especialmente en san Buenaventura y santo Tomás. Una aproximación a las ideas que defendieron respectivamente estos autores sobre los ángeles puede verse en Keck (93-114).

has mostrado porque lo que yo hice fue para probarte y ver lo que hacías. Presevera siempre en este recato.’ (Puente, 55)<sup>11</sup>

Desde el punto de vista iconográfico, esta escena puede ocurrir en un escenario similar al que se representó en un cuadro anónimo de hacia mediados del siglo XVII, donde se puede observar a su custodio frente al cabecero (fig. 2).<sup>12</sup>



Fig. 2. Anónimo, *Retrato de la Venerable Virgen Marina de Escobar*, c. 1650. Barcelona, colección particular.

Si bien el ángel no llega a tocar a Marina, la imagen revela cómo su mano derecha se extiende hacia el rostro de la visionaria mientras que la izquierda se presenta en señal de contención, quizá tratando de tranquilizarla ante su eminente acercamiento. Tras estos episodios, Marina tomó el voto de castidad a la edad de cuarenta años. Dicho de otra manera, aunque los ángeles se constituyeron como una gracia que le fue concedida por su vocación religiosa, también fueron una auténtica prueba de provocación que debió sortear en su camino de consagración.

<sup>11</sup> Como se indica en el capítulo, la religiosa mostró idéntico reparo y desconfianza a la proximidad física que experimentó durante las visitas con distintos santos, quienes no dudaron en justificar la insustancialidad de su apariencia tras el tránsito al Cielo: “Lo mismo la sucedió otra vez que la visitaron los tres santos patriarcas, sus devotos. Entró primero san Francisco, después nuestro padre san Ignacio y luego santo Domingo. Adelantándose (dice ella) san Francisco con mucha caridad y llegándose a mí, hizo un ademán extendiendo la mano como que quería tocar la mía. Fue grande el alboroto que causó en mí esta acción sola, retireme con gran presteza de la misma manera que si fuera un hombre mortal que quisiera hacer lo mismo. Sonrióse y dijo: ‘¿De qué te turbas? ¿no sabes que este no es mi cuerpo verdadero, sino una sombra y figura del que tuve, en quien está mi espíritu?’. Con esto se apartó y volvió junto a san Ignacio, mirándole con una risa como quien le decía que viese lo que había pasado y cómo había sido buena la prueba. El padre san Ignacio respondió: ‘Extraña es la pureza de esta criatura en esa materia de castidad’. Con esto que dijo el santo me alboroté y congojé más, como corrida de lo que había oído decir. Alentome santo Domingo y dejome consolada” (Puente 1665, 55).

<sup>12</sup> Este cuadro (óleo sobre cobre, 21,5 x 18 cm) fue subastado el 4 de octubre de 2018 (<https://www.subarna.net/es/lot/184-121-121/591-10451--Retrato-de-la-venerable-Marina-de-Escobar->). Según Tena Ramírez (2019, 33), perteneció al círculo del pintor Tomás Peñasco, que actuó como testigo en su causa de beatificación.

### 3. Los ángeles y los celos: el caso de Martina de los Ángeles

Tal y como acabamos de comprobar por medio del ejemplo de Marina de Escobar, el hecho de que los ángeles se llegaran a concebir como una posible tentación para algunas de estas mujeres visionarias procuró también que pudieran despertar incontrolables envidias en la vinculación amoroso-afectiva con el Esposo celestial. Este es, sin ninguna duda, el caso de Martina de los Ángeles.

Martina de los Ángeles y Arrilla nació en Villamayor, Zaragoza, el 11 de septiembre del año 1573, en el seno de una familia de condición noble conformada por su padre Bernabé de Arilla (m. 1628), caballero hijodalgo, y su madre Isabel de Estadilla, que murió durante el parto. La historia de esta mujer nos ha llegado, fundamentalmente, gracias al relato elaborado por su hagiógrafo Andrés Maya Salaverría, que se dio a conocer en 1687 con posteriores reimpressiones.<sup>13</sup> La infancia de Martina no fue del todo sencilla, pues su progenitor contrajo nupcias en otras dos ocasiones, y la mala relación que forjó con una de sus madrastras se constituyó como el detonante para que fuera enviada a vivir con una pariente, la viuda María Sanz, desde los seis años hasta que tomó el hábito. Los inicios de su vida se narran en consonancia con los tópicos hagiográficos más frecuentes, partiendo del tópico *puella/senex* que la llevó a desarrollar una devoción y una piedad tempranas y a rechazar distintos enlaces matrimoniales, deseados por su familia.<sup>14</sup> Gracias a su perseverancia consiguió hacer frente a la oposición paterna e ingresó en el convento de Santa Fe de dominicas en Zaragoza a edad indeterminada. En este convento permaneció hasta que el 22 de junio de 1632 se dirigió, junto a otras seis religiosas, a la villa de Benavarre en Huesca para fundar el convento de San Pedro Mártir, donde permaneció hasta su muerte el 10 de noviembre de 1635.<sup>15</sup> A lo largo de su camino espiritual, llevó a cabo duras penitencias, tuvo una oración de gran fervor, fue condecorada con dones sobrenaturales y experimentó distintos fenómenos místicos, como raptos o visiones durante los cuales dialogaba con Dios y con toda la corte celestial.<sup>16</sup>

Como ha explicado Ana Morte Acín (2016, 191), Martina no desarrolló una relación estrecha o cercana con personalidades señaladas de la sociedad de su tiempo, ni tampoco destacó por sus dotes de escritora, a diferencia de religiosas como su coetánea María de Ágreda (1602-1665), que, como bien es sabido, ejerció de consejera de Felipe

---

<sup>13</sup> En este trabajo tomo como texto base la tercera impresión de 1710, que está disponible en la Biblioteca Digital Hispánica (sig. 3/71364). Aunque no me detendré ahora en ellos, cabe mencionar que nos han llegado otros textos sobre Martina de los Ángeles que permiten perfilar su figura y reconstruir las circunstancias de su vida. Me refiero, por un lado, a la *Devoción y ejercicio admirable y provechoso que el Divino Maestro Cristo le enseñó* (1727), que se encuentra en el Archivo Municipal de Murcia (sig. 1-B-17(1)), está digitalizado en la Biblioteca Virtual de Patrimonio Bibliográfico y ha sido editado en el proyecto BIESES por Alberto Gamarra Gonzalo: <https://www.bieses.net/wp-content/uploads/2018/03/Martina-de-los-Ángeles.pdf> Y, por otro lado, a los dos procesos abiertos en 1637 y 1685 para la causa de su beatificación, que no prosperó. Los documentos que han llegado hasta nuestros días sobre los procesos se encuentran en el Archivo Histórico de la Provincia Dominicana de Aragón (sig. 214) y en el Archivo de la Curia Generalicia en Roma (sig. X.2435) respectivamente. Además, es interesante señalar que los papeles conservados sobre el primer proceso contienen su *Autobiografía* incompleta. Para la descripción del contenido de los procesos es indispensable el detallado estudio que ha realizado sobre el tema Alfonso Esponera Cerdán (2020b, 233-258).

<sup>14</sup> Para un estudio de los patrones hagiográficos femeninos remito a la imprescindible monografía de Ángel Gómez Moreno (148-162).

<sup>15</sup> Además de Martina de los Ángeles, el sábado 26 llegaron a la villa oscense Isabel de Ubid (priora del convento de Santa Fe de Zaragoza y fundadora principal del nuevo), Isabel Gisbert, Lucrecia Palau, Inés Sánchez, Magdalena Escriptipí y Catalina Gómez (Maya Salaverría 1710, 200).

<sup>16</sup> Un análisis en profundidad de estos códigos hagiográficos que vertebran la *vida* de Martina de los Ángeles puede encontrarse en Esponera Cerdán (2020a, 76-92).

IV.<sup>17</sup> Sin embargo, la orden dominica, con el objetivo de hacer prevalecer su memoria y de consolidar su fama de santidad, recurrió a la estrategia de integrarla en una tradición de mujeres, ya consolidada en el siglo XVII, cuya santidad era comúnmente aceptada por sus coetáneos. Esta tradición, que se había iniciado con la franciscana castellana Juana de la Cruz (1481-1534), se basaba en la obtención, conservación y difusión de rosarios y cuentas bendecidas por la divinidad.<sup>18</sup>



Fig. 3. Retrato calcográfico de Martina de los Ángeles. Imagen procedente de los fondos de la Biblioteca Nacional de España, sig. IH/5504/1/2.

Cuenta la hagiografía que, al estilo de santa Catalina de Siena (1347-1380), santa Teresa y santa Rosa de Lima (1586-1617), Martina de los Ángeles tuvo un matrimonio místico. Además, la dinámica de su relación con Dios se configuró mediante los arquetipos tradicionales del galán y de la dama, ya que ambas partes asumieron los roles complementarios que reproducen las convenciones inherentes al cortejo:

<sup>17</sup> Para esta cuestión, véase Morte Acín (2010).

<sup>18</sup> Juana de la Cruz fue una beata y luego monja que desempeñó el cargo de abadesa en el convento de Santa María de la Cruz en Cubas de la Sagra. Sus *vidas* han sido editadas en el mencionado proyecto *Catálogo de Santas Vivas* (de consulta en línea: [https://catalogodesantasvivas.visionarias.es/index.php/Juana\\_de\\_la\\_Cruz](https://catalogodesantasvivas.visionarias.es/index.php/Juana_de_la_Cruz)) Esta mujer, junto a otras místicas y visionarias de la Castilla tardomedieval como María de Ajofrín (m. 1489) o María de Santo Domingo (¿1486?-1524), forma parte del movimiento que hoy conocemos como “santas vivas”, siendo este un término que acuñó la investigadora Gabriela Zarri (1990) para referirse a unas mujeres italianas que gozaron de influencia en la corte y delimitaron un modelo de santidad carismática desde mediados del Cuatrocientos hasta la primera mitad del Quinientos. Aunque hasta hace tres décadas Juana era una auténtica desconocida fuera de los estudios consagrados a la espiritualidad femenina, actualmente contamos con numerosos trabajos sobre su trayectoria vital y visionaria. Para una primera aproximación a su figura pueden leerse los trabajos de Mar Cortés Timoner (2004) y M.<sup>a</sup> Victoria Triviño (1999), así como la entrada bibliográfica preparada por Jessica A. Boon (2019). Sobre este paradigma de espiritualidad femenina remito a los trabajos de Ángela Muñoz Fernández (1994), Roland E. Surtz (1995) y Rebeca Sanmartín Bastida (2012). Finalmente, para la tradición de las cuentas bendecidas por la divinidad que comienza con la franciscana es fundamental acudir al artículo de Poutrin (1990), y para la memoria de su santidad vinculada a místicas posteriores debe revisarse el capítulo de Ana Morte Acín (2017).

Iba en una ocasión al coro y, al abrir la puerta, vio que el mismo Cristo, que la iba acompañando, alargó el brazo para levantar el pestillo. Turbose con el favor y postrándose a sus pies le dijo: ‘Señor, ¿cómo hacéis tales excesos con una criatura tan ruin como yo?’ Y obligándole más, con humildad profunda, le respondió: ‘Soy tu galán y los galanes acompañan a sus damas y las sirven, y tú me has de servir a mí y yo a ti’. [...] En otra ocasión se halló muy fatigada al subir una escala porque sus muchos achaques la tenían muy quebrantadas las fuerzas, y se le apareció su Esposo y, cortejándola como galán, la dio la mano, la ayudó a subir, y con palabras amorosas la dijo: ‘Cansada estás esposa mía, dame la mano, que yo te ayudaré a subir’. (Maya Salaverría 1710, 66-67)

La necesidad de la presencia del otro era tal que no solo el Amado la visitaba frecuentemente en la celda, sino que los ángeles, por mandato divino, la subían dos veces en el día al Cielo para que se produjera el deseado encuentro. Es más, en el texto se llega a decir que, tras sufrir graves enfermedades, la causa verdadera de su fallecimiento fue el amor que le profesaba a su Esposo. Este fervor amoroso, que llegó a definirse como un “Divino fuego en el que se le derretía el corazón” (Maya Salaverría 1710, 73), no es una peculiaridad que haga posible diferenciar a Martina de otras religiosas. Sin embargo, dicho apasionamiento tomó cotas desmedidas en el momento en que entró en juego el ángel de la guarda. En otras palabras, la distancia entre esta mujer y las numerosas místicas que definieron su unión con el Creador valiéndose de un tono erótico-amoroso se establece en el relato en el capítulo XIII “La favorece como Esposo Amante, con singulares finezas” (Maya Salaverría 1710, 66), a partir de la equiparación del ángel con el vértice que, fugazmente, constituye un triángulo amoroso (Dios/Martina/el ángel):

No faltaron, entre tantas finezas, celos amorosos, que son las centellas en que se desahoga el amor y se enciende más fogosa la llama de la voluntad. En una ocasión, estando en dulce conversación con su ángel de la guarda, se le apareció su Esposo y la preguntó: ‘¿Qué hacía y con quién hablaba?’ Respondió: ‘Señor, con mi ángel estoy hablando’. Y mostrando algún desabrimiento la dijo: ‘No quiero que hables más con el ángel, que es amigo vuestro’. ‘¿No podré hablar?’. ‘Ni aun con el ángel –le volvió a responder– no quiero que hables si no es conmigo. Y que me lleves siempre en tu presencia, que en mí hallarás cuanto puede desear tu voluntad y teniéndome a mí no tendrás necesidad de las criaturas’. (Maya Salaverría 1710, 72)<sup>19</sup>

Según ha podido leerse, la proximidad del ángel con la dominica, con quien habla dulcemente, encendió los celos de Dios, que le prohibió que se embarcara en cualquier conversación angélica. Esta prohibición desvirtúa en todo punto la figura del ángel, pues contradice su naturaleza y función, llegando, incluso, a humanizarlo. No hay que perder de vista que los ángeles son, ante todo, emisarios divinos y el hecho de que sea este el principal de sus oficios lleva implícito que el Creador conozca en todo momento “las

---

<sup>19</sup> En la siguiente impresión se mantiene este diálogo entre Martina de los Ángeles y Dios, con leves variaciones: “se le apareció su Esposo y le preguntó: ‘¿Qué hacía y con quién hablaba?’ Respondió: ‘Señor, con mi ángel estoy hablando’. Y mostrando algún desabrimiento la dijo: ‘No quiero que hables más con nadie’. ‘Con el ángel, que es amigo vuestro, ¿no podré hablar?’. ‘Ni aun con el ángel’ –la volvió a responder– ‘no quiero que hables si no es conmigo. Y que me lleves siempre en tu presencia, que en mí hallarás cuanto puede desear tu voluntad y teniéndome a mí no tendrás necesidad de las criaturas’” (Maya Salaverría 1712, 72).

coordinadas” en las que se encuentra.<sup>20</sup> A ello se suma, además, que la supuesta intimidad nacida al calor de la charla entre la dominica y el custodio atenta contra los postulados de la comunicación angélica, que, si bien se desarrolla en el marco de un acto privado entre dos o tres participantes, deriva en un mensaje que suele traer aparejada una implicación o repercusión oficial y pública (Jones, 47-49).

No obstante, dicho lo anterior, es preciso advertir que la presencia en términos afectivos del ángel en el lugar del Señor solo se vislumbra en el citado episodio, muy probablemente porque un pasaje de estas características podía situar a la biografía entre la delgada línea que separa lo ortodoxo de lo heterodoxo. Es más, en la última impresión que se elaboró de la *vida*, que tiene la particularidad de haber sido corregida y expurgada por el Santo Oficio (como se indica en la propia portada), se eliminó este fragmento en el que Martina daba cuenta a Dios de que había puesto su cariño, momentáneamente, en el ángel (Maya Salaverría 1735, 71).

#### 4. Los ángeles y el amor: el caso de Margarita de la Cruz

Quizá por lo inmediatamente referido, la unión de Margarita de la Cruz con su custodio podría parecer a simple vista la más “conflictiva”, en la medida en que, como veremos enseguida, la religiosa declaró abiertamente su amor por él.

Margarita de Austria nació el 25 de enero de 1567 en Viena, y fue la hija menor de la emperatriz María (hija de Carlos V y hermana de Felipe II) y Maximiliano II, emperador del Sacro Imperio. Tal y como relata fray Juan de Palma, su confesor y Definidor General de la Orden de San Francisco, llevó una vida ejemplar. Tras quedar viuda su madre, viajó con ella a Castilla en 1582, quedándose ambas hospedadas en el convento de las Descalzas Reales en Madrid. En este mismo convento, tomó los votos dos años después, asumiendo el nombre religioso de Margarita de la Cruz y cumpliendo así su deseo de iniciar una vida monástica. A pesar de habitar una realidad intramuros y de abrazar la clausura, Margarita tuvo una notoria implicación en la política de las Cortes de su sobrino Felipe III y de Felipe IV.<sup>21</sup> Después de su muerte en 1633, sus compañeras de orden iniciaron el proceso, nunca concluido, para su beatificación.

---

<sup>20</sup> Para comprender el papel de los ángeles en la Biblia conviene revisar diccionarios especializados en los que se detallan sus labores, como la entrada de Paolo Giannoni (581), donde se defiende que presentan un aspecto triple: forman la corte de Dios, son embajadores de Dios y colaboran en favor de la providencia divina. En la misma línea, la entrada de Bernard Loth y Albert Michel (154-155) explica que la función de los ángeles previa al cautiverio babilónico es doble: por un lado, forman el consejo de Yahvé y, por otro lado, son agentes a su servicio que intervienen a favor de la providencia, la protección y el castigo. Asimismo, se apunta que después del cautiverio las funciones se refinan considerablemente y se concretan en adorar a Dios, interceder por los hombres, proteger a los individuos y las naciones, continuar transmitiendo mensajes y encargarse de los elementos. Para conocer las transformaciones en materia angelología acontecidas tras el cautiverio puede leerse a Marco Bussagli (14-27). Por otra parte, hay que tener en cuenta que el lugar que pudieran ocupar los ángeles es una problemática relacionada con el hecho ya citado de que no tuvieran cuerpos, la cual también fue abordada por autores como santo Tomás de Aquino.

<sup>21</sup> La articulación de las esferas política y religiosa en la persona de Margarita de la Cruz puede revisarse en el trabajo de Frédérique Sicard (2011).



Figs. 4 y 5. Retratos calcográficos de Margarita de la Cruz. Imágenes procedentes de los fondos de la Biblioteca Nacional de España, sig. 3/65228.

Según cuenta el confesor, esta religiosa padeció numerosas enfermedades y terminó por quedarse ciega hacia 1625. No obstante, su incapacidad visual no impidió que pudiera ver a su ángel (fig. 5), de cuya hermosa apariencia física dio noticia a la hermana que se encargaba de auxiliarla:

Estaba otra vez sola y, entrando una de las religiosas, la halló en alto grado de oración suspensa. Y luego comenzó a decirla: “Amiga, si hubieras visto mi ángel qué lindo es, no os lo habré yo de decir”. Esto decía risueña y enternecida y, al parecer, sin hacer reflexión en lo que hablaba, despidiendo las palabras con la fuerza interior del espíritu. Preguntándola la religiosa: “Dígame Vuestra Alteza Señora, ¿cómo es su ángel?”. Respondió: “Es de rostro hermoso, las facciones admirables, el cabello rubio y las puntas crespas, y todo él con graciosos lazos pendiente sobre las espaldas”. (Palma, 245)

Esta belleza del ángel es la que actuó como elemento catalizador que inspiró en ella el deseo amoroso y el inicio de la vivencia espiritual:

Estaba tan enamorada de su ángel de la guarda, que le oía decir muchas veces la religiosa que la asistía cuando estaba en oración: “Ángel mío, qué lindo soys”. Quedándose luego en quietud y silencio, volviendo después a pronunciar las mismas palabras. En todas las horas y ocasiones, siempre interiormente se hallaba recogida y con amoroso afecto en presencia de su ángel de la guarda. (Palma, 245)<sup>22</sup>

<sup>22</sup> Mario Ávila Vivar (128) también ha comentado este pasaje que trasluce la importancia de los ángeles en la vida de Margarita de la Cruz.

Sin embargo, declarado el amor de Margarita hacia su ángel guardián, este debe entenderse en todo punto como un código literario (con su respectivo trasfondo teológico y moral), empleado por el biógrafo para expresar la devoción que profesaba a este miembro de la corte celestial. De hecho, de no ser así, muy probablemente habría levantado un muro de sospechas y habría sido acusada de idolatría. Este recurso, en cambio, no resta interés al episodio, pues trasluce la cercanía que experimentó la carmelita descalza con su custodio o, dicho de otro modo, el privilegio o el favor que Dios le concedió por ser, a sus ojos, una persona señalada. Además, dejando de lado la dimensión afectiva, cabe decir que esta clase de enamoramiento permite trazar puentes con la espiritualidad femenina medieval, en la que, como he podido comprobar, es también el mecanismo simbólico mediante el cual se expresa la noción de proximidad del alma con el Cielo. Ejemplo de ello es el *Libro de la Casa y Monasterio de Nuestra Señora de la Cruz*, manuscrito sobre la trayectoria de Juana de la Cruz en el que se describen sus virtudes, así como las de la comunidad religiosa en la que transcurrió su vida:

En el tiempo de nuestra madre santa Juana, resplandecía en esta santa casa de la Cruz tanto la santidad de las religiosas d'ella, que todas sus pláticas eran celestiales, enamoradas de Dios y de su santa Madre y de los ángeles y santos, de suerte que dixo el santo ángel san Laruel a nuestra madre santa Juana: “Tanto pueden tus hermanas ablar de nosotros, los ángeles, que se tornen en condición angelinas”. (Curto Hernández ed., 16r)

Este contexto es, precisamente, el que permite que en dicha *vida* manuscrita se narre una relación amorosa entre san Potens, ángel apócrifo cuya función es proteger las nubes, y una joven novicia que ingresó en Cubas de la Sagra<sup>23</sup>:

Entró un día el ángel que se llama san Potens por la cámara donde estaba la santa, diziendo: “Juana, por el camino viene una donzellita que traen a concertar para monja, yo la quiero para mí, que me he enamorado d'ella por señas que es morenita; y yo la he venido escudereando y haziéndole sombreritos con las nubes, por que no la queme el sol”. Y desde a poco llegaron con ella, la qual fue después devota d'este santo ángel, el qual dixo a la santa Juana que el Señor le avía dado cargo de regir las nubes. Y las monjas, como sabían esto, quando venían tiempos secos cogían a la devota y echávanla una sogá a la garganta, y llevávanla en processión del agua, diziendo al santo ángel que no soltarían a su devota hasta que lloviese; y con tal fe lo hazían que llovía. Y ansí havía y ay particular devoción con este santo ángel, y es de costumbre en las processiones del agua nombrar en la letanía a san Potens. (Curto Hernández ed., 19v-20r)

## 5. Los ángeles y la castidad: el caso de Juana de Jesús María

La última parada de este trabajo es Juana de Jesús María. A diferencia de lo que ocurría en la vida de las otras tres mujeres que he abordado en las páginas previas, en la de esta religiosa los espíritus angélicos cumplieron una función antitética al inhibir (en lugar de suscitar) emociones tradicionalmente asociadas con la pasión, el amor, los celos

<sup>23</sup> Siguiendo la esclarecedora explicación de Sergi Doménech García (76-77), puede afirmarse que un ángel apócrifo es aquel al que se adjudica un nombre (distinto del de los arcángeles canónicos que antes señalé) y al que, asimismo, se le atribuye algún pasaje narrado en la Biblia. Es decir, en ningún caso deben entenderse como apócrifos aquellos ángeles que, no habiendo sido identificados nominalmente, portan atributos concretos o se encuentran asociados con alguna actividad angélica, como demuestran los ángeles de la guarda, a los que se rinde culto en el seno de la propia Iglesia.

o la tentación. No obstante, su ejemplo resulta interesante, precisamente, porque los ángeles ejercieron en su trayectoria la misión contraria: como veremos a continuación, estos enviados celestes hicieron las veces del garante de su castidad.

La historia de Juana de Jesús María (en el siglo, Juana Rodríguez) había quedado condenada al olvido hasta que, hace unos cuantos años, Poutrin (1992) presentó una pionera investigación sobre su figura. Para acercarme a ella parto ahora de la obra que, por orden de superiores, redactó el franciscano Francisco de Ameyugo en 1673 con miras a conseguir su beatificación. Esta empresa hagiográfica conoció dos reediciones en los años 1674 y 1676, además de una versión abreviada. Como apuntan los escritos conservados, Juana nació en Burgos, el 30 de enero de 1574, y fue la tercera hija del matrimonio conformado por Juan Rodríguez y Juana de la Fuente, dos mercaderes castellanos de origen noble con reputación de ricos y poderosos. Ya en su niñez tomó la decisión de dedicar su vida a la oración y la penitencia, y sus ejercicios espirituales fueron siempre guiados por el Niño Jesús, Catalina de Siena, san Francisco de Asís y Teresa de Jesús. De hecho, en el cuestionario del proceso diocesano (instruido en los años 1660-1661) se relató cómo la carmelita descalza bendijo el nacimiento de la burgalesa (Poutrin 1992, 269-270). A la edad de doce años, la joven quiso entrar en el convento de Santa Clara en Burgos (pese a que también sentía cierta inclinación por las carmelitas), pero el deseo de encomendarse a Dios se vio truncado por el destino que su madre había diseñado para ella: un año más tarde la casaron con Matías Hortiz, hombre de similar estatus social al de su familia.<sup>24</sup> Desde el comienzo de la unión, Juana sufrió terribles maltratos de parte de su colérico marido que, tal y como le explicó santa Teresa, eran tanto un castigo divino que le haría padecer idénticos sufrimientos a los de Cristo en la cruz como un medio de salvar el alma del primero:

apariciéndosele la Santa Madre Teresa de Jesús, la dijo: “Particular secreto de Nuestro Señor fue que no entrases en religión, sino que te casases para que así llevases la Cruz que has llevado y por este camino has restaurado el alma de tu marido, pues por ti se salvará”. (Ameyugo, 236-237)<sup>25</sup>

Las adversidades que atravesó en aquellos años no impidieron que continuara su camino religioso, el cual desembocó en la consecución de una gran fama de santidad en vida. Ello se debió en parte a que ingresó en la Tercera Orden del Carmelo descalzo para llevar a cabo actividades caritativas, como el cuidado de los enfermos o los prisioneros. También a que experimentó distintos fenómenos extraordinarios, como la recepción de las llagas en 1615 o la vivencia de continuados éxtasis, y a que fue considerada como intermediaria divina gracias a los objetos bendecidos que recibía del Cielo, siguiendo la estela de Juana de la Cruz (Poutrin 1990, 36-37). Durante este tiempo contó con la protección del arzobispo Fernando de Acevedo y tuvo como confesores a distintos carmelitas descalzos, que le ordenaron que pusiera por escrito los acontecimientos de su trayectoria espiritual.<sup>26</sup> En 1627, después de haber quedado viuda cinco años antes, pudo profesar en el convento de clarisas de Burgos. No obstante, ni siquiera entonces su vida quedó exenta de dificultades, ya que la Inquisición procedió al examen de su conducta en

<sup>24</sup> Ante la imposición materna de contraer matrimonio, Juana suplicó a su padre, a quien la unía un vínculo más afectivo, que la ayudara a esquivar el enlace. No obstante, su progenitor optó por no impedirlo para no contradecir a su mujer (Ameyugo, 57).

<sup>25</sup> He podido cotejar la edición de 1673 en la Biblioteca Nacional de España (sig. 3/29922), pero está incompleta (le faltan las dieciséis primeras páginas, entre las que pudo encontrarse el retrato calcográfico, y tiene una portada manuscrita). Por este motivo, cito por la edición de 1674 (sig. 2/35900).

<sup>26</sup> La tesis doctoral de Jesús Rebolledo Prieto (273-277) presenta una recopilación bibliográfica y documental de los escritos de Juana de Jesús María.

1639, muy probablemente con el objetivo de comprobar si había caído en los excesos de los que se había acusado a la clarisa Luisa de Carrión (1565-1636) (Poutrin 1992, 273). Finalmente, salió absuelta de toda acusación y murió en paz en el convento el 21 de agosto de 1650. Tras su fallecimiento, su popularidad se fue consolidando hasta el punto de que el dramaturgo Lanini Sagredo elaboró una comedia sobre ella publicada en 1678, para lo que partió de la hagiografía de Ameyugo.<sup>27</sup> Sin embargo, ambos textos no tardaron en caer en desgracia, pues fueron denunciados y prohibidos por el Santo Oficio.<sup>28</sup>



Fig. 6. Retrato calcográfico de Juana de Jesús María. Imagen procedente de los fondos de la Biblioteca Nacional de España, sig. 2/35900.

Retomando la argumentación principal de este trabajo, es preciso indicar, en relación con los datos biográficos de la religiosa, que el supuesto motivo por el que Matías Hortiz comenzó a despreciarla al comienzo de su matrimonio fue de índole sobrenatural y puso en el centro de la escena la presencia angélica. En el capítulo VIII del libro I, “Cíñenle los ángeles una cinta para asegurar su pureza virginal y amor heroico que ella tuvo siempre en virtud” (Ameyugo, 40), se especifica que, siendo todavía una niña, el Señor le envió dos ángeles para que ataran a su cintura una venda que la acompañaría hasta que, pasados ya unos años en el convento, la abadesa Leonor Gallo se la requirió para ponerla a buen recaudo. Esta venda no solo apagó en la clarisa cualquier atisbo o inclinación sexual, sino que sirvió para proteger su virginidad<sup>29</sup>:

<sup>27</sup> Xiomara Puertas Bárcena (2017) ha realizado el estudio y la edición de la comedia de Sagredo con motivo de su Trabajo de Fin de Grado.

<sup>28</sup> Para conocer las circunstancias de la denuncia de la hagiografía y la comedia acerca de Juana de Jesús María, véase Poutrin (1992, 280-284). Considero importante destacar también que, con el objetivo de retomar su subida a los altares, su sobrino y carmelita descalzo Juan de Santo Tomás escribió una nueva hagiografía en 1683, donde señalaba los excesos que impregnaban la obra de Ameyugo como responsable de la prohibición inquisitorial. Sin embargo, este nuevo texto no trascendió ni logró rescatar la memoria de la clarisa burgalesa.

<sup>29</sup> De nuevo, puede consultarse la tesis de Ávila Vivar (128-129) para una reflexión sobre este pasaje en el que aparecen los ángeles.

Este favor le hizo Dios siendo ella de ocho años de edad, en el cual tiempo, como iban esclareciendo en su alma las luces de la razón, conoció cuan peligrosa es en el mundo esta candidísima virtud. Y así, temerosa de perderla, le pedía a Dios con grande instancia que le conservase su corazón y su cuerpo inmaculados. Estando con estos deseos, disciplinándose un día, vio llegar a ella dos ángeles, los cuales le ciñeron la cintura con una venda misteriosa, poniéndosela a raíz de las carnes y, apretándola fuertemente, la dijeron: ‘Vive segura, que Dios te hace merced de que toda tu vida guardarás la pureza virginal’. Desde este día no solo no sintió en sí el ardor del apetito sensual, sino que en toda su vida no se le ocurrió ofrecimiento deshonesto ni tuvo jamás pensamiento menos limpio. (Ameyugo, 40-41)<sup>30</sup>

La referida protección angélica impidió que el matrimonio se consumara y este hecho dio paso a las insufribles torturas de las que fue víctima durante cuarenta años<sup>31</sup>:

A los trece años de su florida edad se desposó con el dicho Matías Hortiz, celebrándose las bodas con el festejo y aparato conveniente a novios tan ricos y tan bien emparentados. Acabada la cena, mientras su madre y su marido cumplían con los convidados, se retiró la recién desposada a su oratorio. Derramó allí su corazón delante del Señor, pidiéndole con profundas lágrimas que, pues ya estaba cerca del riesgo, la guardase como se lo había prometido. Estando en esta agonía, orando prolijamente, la llamaron para el tálamo. Fue esto más sensible para ella que si la llamaran para el túmulo. [...] con humilde rendimiento se fue con su marido. No tardó a experimentar cuán celoso y fidelísimo es Dios porque, al entrar en el lecho vio a sus dos lados el ángel de su guarda y a Nuestro Padre San Francisco que, uno de una parte y otro de otra, defendían su pureza con que no pudo su marido ofender su integridad. Esta misma protección tuvo en todo el discurso del matrimonio, con que estuvo tan lejos de perder la virginidad que, antes bien entre las ondas de aquel peligroso incendio, se acrisoló como el oro entre las llamas y floreció como azucena entre espinas. Que mucho si la guardaban y defendían un ángel y un serafín, capitanes más valientes y esforzados que aquellos fortísimos de Israel, que rodeaban y defendían el lecho de Salomón. [...] Bien pudiera esta honestísima casada, imitando a Santa Celia, declarar a su marido el misterio para evitar las penas que, por no decirlo, se le ocasionaron. Mas, como virgen prudente, quiso más exponerse a padecer y penar que revelar el secreto de su Rey y Señor. Ocultole con grandísimo recato y, como el amor carnal que tienen los hombres a las mujeres no es afecto de la nobleza del alma sino apetito de la villanía del cuerpo, viendo Matías Hortiz que este comercio sensual no podía

<sup>30</sup> En la comedia de Sagredo se relata este episodio de la mocedad de la visionaria en boca del demonio: “pues que dos ángeles suyos/ te ciñeron una blanca/ estola o cinta con cuya/ misteriosa virtud sacra/ has vivido siempre exenta/ de las prisiones de humana,/ conservando tu pureza/ con resignación tan alta/ que, obligándote tus padres/ con porfiadas instancias/ a que la mano le dieses/ a tu marido, bañada/ en llanto, a Dios acudieron/ tus quejas enamoradas” (2017, 40).

<sup>31</sup> El celibato, propiciado por la intercesión angélica, que adoptó Juana en el marco de su matrimonio se entiende desde las propias discusiones de los Padres de la Iglesia sobre estos espíritus celestiales. Según personalidades como san Jerónimo o san Ambrosio, los ángeles tienen predilección por las vírgenes, quienes acaban por llevar una vida angelical (Pons, 82-84).

tenerle con su mujer, con ser ella amable en todo y por todo, vino a aborrecerla con extremo y así todo cuanto hacía la daba en rostro. (Ameyugo, 60-62)<sup>32</sup>

Como ocurría en la *vida* de Martina de los Ángeles, en la de Juana se recogen los celos divinos, aunque, en este caso, se especifica que se manifestaron en torno al marido (y no al ángel), cuya presencia es imprescindible para la configuración del sentido del pasaje. A estos celos correspondió la burgalesa con el silencio y la decisión de callar la razón de su inhibición erótica, que fueron recompensados, sobre todo por la brutalidad de las agresiones padecidas por mano de su esposo, a través de su ansiada unión con el Creador. De este modo, en el capítulo VII del libro IV, “Después de herirle un serafín con un dardo” (Ameyugo, 345), se recrea la citada transverberación de santa Teresa, pero con unos tintes de carácter eminentemente sádico (Ávila Vivar, 131). Esto es, se parte de la flecha o del dardo que un majestuoso serafín clavó en su pecho para llegar a las navajas que dos ángeles, los cuales hicieron las veces de oficiarios de la ceremonia, facilitaron a Cristo con el objetivo de que le sacara el corazón y lo hiriera profundamente:

se le apareció un serafín en forma de un jovencillo pequeño de cuerpo, encendido de rostro, pero sobre todo encarecimiento hermosísimo. Tenía en la mano una flecha o una hasta con un dardo agudísimo, al modo del resplandeciente rayo, y, vibrándole en la mano, le flechó con el pecho y le atravesó el corazón. Y, al tiempo de sacarle, quedó ella de la herida abrasándose en un amoroso deliquio de fuerte que le parecía que se iba muriendo, mas con tanta dulzura y suavidad, que sentía no había en este mundo tal vida como aquella muerte. [...] Estando su Esposa otro día en su celda recogida en su oración, se le aparecieron nuestros gloriosos patriarcas Domingo y Francisco y le dijeron: ‘Hija, aparejate que te viene Dios a ver y obras grandes prodigios’. Composose la Esposa de Cristo con la mayor compostura y reverencia que pudo a esperar la venida de su gran Dios y Señor, cuando vio entrar por su celda dos ángeles y cada un[o] traía en la mano derecha una navaja afilada. Inmediatamente a ellos, entró Cristo Nuestro Señor bien. Acercándose a su Esposa, tomó una de aquellas navajas, abriole con ella el pecho por un costado y, entrando sus santísimos dedos, le sacó el corazón. Dióle tres navajazos en él y, exprimiéndole con sus divinas manos, salió sangre de sus heridas. Y por una parte, por la cual estaba el corazón con un color amarillo, fue por donde más lo exprimió hasta dejarlo rubicundo y claro como un rubí [...]. (Ameyugo, 345-346)

Tras esta vivencia, en la que se purifica las partes dañadas del corazón de Juana por los supuesto pecados acometidos, se narra la celebración del matrimonio espiritual

<sup>32</sup> La participación del serafín, es decir, de la orden superior en la jerarquía celeste que definió Pseudo-Dionisio Aeropagita (125-133) hacia el siglo VI se va incrementado en el relato a partir de este momento. De hecho, el Señor llegó a premiarla con la compañía de cuatro serafines, que, junto a su ángel custodio, la defendieron y alentaron en el transcurso de su vida: “Pocos años después de casada se le aparecieron en cierta ocasión cuatro gallardos mancebos, airoosísimos de talle, hermosísimos de rostro y bellísimos de cuerpo. Tenía cada uno seis resplandecientes alas de virtosísimas plumas. Y, como cada uno desprendía rayos hermosísimos de luz, quedó ella suspensa entre tanta claridad. Pero, aunque temerosa y turbada a los principios, confortada después la flaca naturaleza del esfuerzo soberano de la gracia, les preguntó quiénes eran y a qué venían. Respondieron los clarísimos y agraciadísimos jóvenes que eran serafines y que los enviaba el Altísimo a que la acompañasen y asistiesen toda la vida para muchos fines que se tocarán después y, entre ellos, el principal, para que la animasen, alentasen, confortasen y diesen la mano porque no se ahogase en medio de tantas aguas de amargura como habían de inundar su corazón y entrar hasta lo interior del alma” (Ameyugo, 78-79). Para un estudio sobre la representación iconográfica del serafín, véase Rafael García Mahiques (178-192, 206-224).

que terminó de consagrar su amor a Dios. En dicho desposorio, no faltó el instante en que ambos se entregaron sus respectivos corazones para ser, posteriormente, clavados en la cruz:

Vino el día de firmar y sellar las escrituras de estas celestiales bodas. Estando, pues, ella recogida en su oración, se abrieron los Cielos y el Padre Eterno con la Corte Celestial se pusieron como a la mira de alguna solemne fiesta. Estando así, vio la Esposa regalada que venía su Esposo y, delante de su Majestad, San Pedro Martir con una Cruz, levantada en alto como guion. En lo alto de la Cruz estaba una como diadema o corona y, fijos en medio de ella, dos clavos de la Cruz. Teniéndolos en su diestra, dijo a Sor Juana: ‘Esposa mía, el lazo matrimonial es una indisoluble unión con que se hacen unos el marido y la mujer, y así los dos hemos de ser tan unos que no haya cosa que nos pueda dividir. Uno ha de ser nuestro querer. Una nuestra voluntad. Y uno nuestro corazón’. En diciendo esto el enamorado Esposo, tomó su corazón y el de su Esposa y, con aquellos dos clavos, los clavó tan estrecha y fuertemente que hizo uno de los dos. Y con la sangre de los dos abrasados corazones escribió y dijo: ‘Yo soy tuyo y tú eres mía’. (Ameyugo, 349)

## 6. Conclusiones

El análisis de las biografías de las cuatro religiosas estudiadas revela distintas formas de intervención angélica en su relación amorosa y erótica con lo sagrado. Si bien Margarita de la Cruz no experimentó vivencias místicas, la declaración de su enamoramiento hacia el ángel se inserta en un discurso que evoca rasgos del amor cortés, con la consecuente idealización del ser amado y un tono confesional. Por su parte, Marina de Escobar, Martina de los Ángeles y Juana de Jesús María, a partir de la propia experiencia mística, relataron episodios en los que los ángeles midieron actos de consagración, como la imposición de la venda de la castidad, provocaron los celos de Dios por la intensidad del vínculo establecido, o encarnaron una tentación que la religiosa logró resistir. Estas manifestaciones, que incorporaron elementos de erotismo simbólico enmarcados en una espiritualidad caracterizada por la afectividad y la imaginaria visionaria, muestran el modo en el que estos espíritus celestiales, más allá de su función tradicional en la angelología como mensajeros, asumieron un papel central en la expresión de su deseo de unión íntima con Dios.

## Obras citadas

- Aeropagita, Pseudo-Dionisio. “La jerarquía celeste”. En Teodoro H. Martín ed. *Obras completas*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2007. 101-165.
- Ameyugo, Francisco de. *Nueva maravilla de la gracia descubierta en la vida de la Venerable Madre Sor Juana de Iesus María, monja del gravíssimo convento de Santa Clara de Burgos*. Madrid: En la Imprenta Real, 1674.
- Ávila Vivar, Mario. *Angelología barroca. Las series angélicas*. Toledo: Universidad de Castilla-La Mancha, 2013.
- Boon, Jessica A. “Mother Juana de la Cruz”. En Margaret King ed. *Oxford Bibliographies in Renaissance and Reformation*. Nueva York: Oxford University Press, 2019. Disponible en línea: <http://www.oxfordbibliographies.com/view/document/obo-9780195399301/obo-9780195399301-0197.xml> [10/09/2025].
- Burrieza, Javier. *Los milagros de la Corte. Marina de Escobar y Luisa de Carvajal en la Historia de Valladolid*. Valladolid: Colegio de San Albano, 2002.
- . “Fundaciones y visiones de Marina de Escobar”, en Marina Caffiero, Maria Pia Donato y Giovanna Fiume coords. *Donne, potere, religione: studi pero Sara Cabibbo*. Milán: Franco Angeli, 2017. 97-110.
- Bussagli, Marco. *Stori degli angeli: racconto di immagini e di idee*. Milán: Rusconi libri, 1995.
- Caquot, André. “El Antigo Testamento”. En Manuel Pozo trad. *Historia de los dogmas. Tomo II. Los ángeles*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1973. 1-8.
- Cirlot, Victoria & Garí, Blanca. *La mirada interior: Mística femenina en la Edad Media*. Madrid: Siruela, 2021.
- Cortés Timoner, Mar. *Sor Juana de la Cruz (1481-1534)*. Madrid: Ediciones del Orto, 2004.
- Curto Hernández, María Victoria (ed.). *Libro de la Casa y Monasterio de Nuestra Señora de la Cruz*, Ms BNE 9661, 1r-71v. En Rebeca Sanmartín Bastida y Ana Rita Soares coords. *Catálogo de Santas Vivas*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2018. Disponible en: [https://catalogodesantasvivas.visionarias.es/index.php/Juana\\_de\\_la\\_Cruz#Vida\\_manuscrita\\_282.29](https://catalogodesantasvivas.visionarias.es/index.php/Juana_de_la_Cruz#Vida_manuscrita_282.29) [10/09/2025].
- Doménech García, Sergi. “Los Siete Príncipes angélicos y los ángeles apócrifos”. En Rafael García Mahiques dir. *Los tipos iconográficos de la tradición cristiana 3. Los Ángeles II. Solicitud de los Espíritus celestes*. Madrid: Ediciones Encuentro, 2017. 26-88.
- Esponera Cerdán, Alfonso. “Una santa que se quedó en el camino: sor Martina de los Ángeles Arilla, O.P. (1573-1635)”. *Magallánica. Revista de Historia Moderna* 6.12 (2020a): 64-97.
- . “Procesos para la causa de beatificación de Sor Martina de los Ángeles Arilla, O.P., fundadora del convento de Benabarre en el siglo XVII”. *Revista de historia Jerónimo Zurita*. 96 (2020b): 229-259.
- Galopin, Pierre-Marie. “Ángel de Yahvé”. En Pierre-Maurice Bogaert et al. eds. *Diccionario Enciclopédico de la Biblia*. Barcelona: Herder, 2003. 76-77.
- García Mahiques, Rafael. “Las jerarquías celestes”. En Rafael García Mahiques dir. *Los tipos iconográficos de la tradición cristiana 3. Los Ángeles I. Solicitud de los Espíritus celestes*. Madrid: Ediciones Encuentro, 2016. 166-289.
- Giannoni, Paolo. “Angeli e Angelologia.” En Mario Gozzini coord. *Enciclopedia delle Religioni*. Florencia: Vallecchi editore, 1970. 2 vols. 346-358.

- Jones, David Albert. *Angels. A Very Short Introduction*. Nueva York/Oxford: Oxford University Press, 2011.
- Keck, David. *Angels and Angelology in the Middle Ages*. Nueva York/Oxford: Oxford University Press, 1998.
- Loth, Bernard & Michel, Albert. “Ange”. En *Dictionnaire de Théologie Catholique*, París: Letouzey et Ané, 1951. 153-165.
- Maya Salaverria, Andrés. *Vida prodigiosa y admirable ejercicio de virtudes de la Venerable Madre Sor Martina de los Ángeles y Arilla, religiosa professa del observantísimo Convento de Santa Fe de Zaragoza, Orden de Predicadores, y fundadora del de San Pedro Mártir, de la insigne villa de Benavarre*. Madrid: Imprenta de Música, 1710 [3.<sup>a</sup> imp.].
- . *Vida prodigiosa y admirable ejercicio de virtudes de la Venerable Madre Sor Martina de los Ángeles y Arilla, religiosa professa del observantísimo Convento de Santa Fe de Zaragoza, Orden de Predicadores, y fundadora del de San Pedro Mártir, de la insigne villa de Benavarre*. Madrid: Imprenta de Música, 1712 [4.<sup>a</sup> imp.].
- . *Vida prodigiosa y admirable ejercicio de virtudes de la Venerable Madre Sor Martina de los Ángeles y Arilla, religiosa professa del observantísimo Convento de Santa Fe de Zaragoza, Orden de Predicadores, y fundadora del de San Pedro Mártir, de la insigne villa de Benavarre. Nueva impression, conforme a la corrección y expurgación hecha por el Santo Oficio*. Madrid: Oficina de Antonio Marín, 1735.
- Gómez Moreno, Ángel. *Claves hagiográficas de la literatura española (del Cantar del mío Cid a Cervantes)*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, 2008.
- Morte Acín, Ana. *Misticismo y conspiración. Sor María de Ágreda en el reinado de Felipe IV*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2010.
- . “Josefa Verride y Martina de los Ángeles. El difícil camino hacia la santidad”. *SCRIPTA. Revista internacional de literatura i cultura medieval i moderna* 8 (2016): 171-193.
- . “La memoria de la santidad femenina. El caso de Juana de la Cruz”. En Henar Gallego Franco & María del Carmen García Herrero eds. *Autoridad, poder e influencia: mujeres que hacen Historia*. Barcelona: Icaria Editorial, 2017. 749-762.
- Muñoz Fernández, Ángela. *Beatas y santas neocastellanas: ambivalencias de la religión y políticas correctoras del poder (ss. XIV-XVI)*. Madrid: Dirección General de la Mujer, 1994.
- Palma, Juan de. *Vida de la Serennisima Infanta Sor Margarita de la Cruz, Religiosa Descalça de S. Clara. Dedicada al Rey Nuestro Señor Felipe III*. Madrid: Imprenta Real, 1636.
- Paul, Mart-Jan. “The Identity of the Angel of the LORD”. *Hiphil* 4 (2007): 1-12.
- Pinto Ramírez, Andrés. *Vida maravillosa de la Venerable doña Marina de Escobar, natural de Valladolid, sacada de lo que ella misma escribió de orden de sus Padres espirituales, y de lo que sucedió en su muerte*. Madrid: Por la Viuda de Francisco Nieto, 1673.
- Pons, Guillermo. *Los ángeles en los Padres de la Iglesia*. Madrid: Editorial Ciudad Nueva, 2003.
- Poutrin, Isabelle. “Les chapelets bénits des mystiques espagnoles (XVI et XVII siècles)”. *Mélanges de la Casa de Velázquez* 26.2 (1990): 33-54.

- . “Juana Rodríguez, una mística olvidada (Burgos, siglo XVII)”. En Lou Charnon-Deutsch coord. *Estudios sobre escritoras hispánicas en honor de Georgina Sabat-Rivers*. Madrid: Castalia, 1992. 268-284.
- . “Una lección de teología moderna. La Vida Maravillosa de Doña Marina de Escobar (1665)”. *Historia Social* 57 (2007): 127-143.
- Puente, Luis de la. *Vida maravillosa de la Venerable doña Marina de Escobar, natural de Valladolid, sacada de lo que ella misma escribió de orden de sus Padres espirituales*. Madrid: Francisco Nieto, 1665.
- Puertas Bárcena, Xiomara. “Yo solo soy la mala”: el caso de la mística burgalesa Juana Rodríguez y la comedia “La nueva maravilla de la gracia” de Lanini Sagredo (estudio y edición). Trabajo de Fin de Grado. Burgos: Universidad de Burgos, 2017.
- Rebolledo Prieto, Jesús. *Las escritoras de Castilla y León (1400-1800). Ensayo bibliográfico*. Tesis doctoral. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Sanmartín Bastida, Rebeca. *La representación de las místicas: Sor María de Santo Domingo en su contexto europeo*. Santander: Real Sociedad Menéndez Pelayo, 2012 [reed. Londres: SPLASH, 2017].
- . “Santa Teresa y la herencia de las visionarias del medievo: de las monjas de Helfta a María de Santo Domingo”. *Analecta malacitana. Revista de la Sección de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras* 36. 1-2 (2013): 275-287.
- Sicard, Frédérique. “Política en religión y religión en política: el caso de sor Margarita de la Cruz, archiduquesa de Austria”. En José Martínez Millán y Rubén González Cuerva coords. *La dinastía de los Austria: las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*. Madrid: Polifemo, 2011. 631-646.
- Simonetti, Manlio. “Angeli pagani giudei cristiani”. En Carlo Carletti e Giorgio Otranto eds. *Culto e insediamenti micaelici nell'Italia meridionale fra tarda antichità e Medioevo: Atti del Convegno Internazionale Monte Sant' Angelo 18-21 novembre 1992*. Bari: Edipuglia, 1994. 305-322.
- Surtz, Roland E. *Writing Women in Late Medieval and Early Modern Spain: The Mothers of Saint Teresa of Avila*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1995.
- Tavard, George. “Los primeros siglos cristianos”. En Manuel Pozo trad. *Historia de los dogmas. Tomo II. Los ángeles*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1973a. 19-32.
- . “La edad de oro de la patrística”. En Manuel Pozo trad. *Historia de los dogmas II. Los ángeles*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1973b. 32-46.
- Tena Ramírez, Carmen de. “Marina de Escobar y su experiencia visionaria como fuente de inspiración artística”. En Ana Aranda Bernal, Mercedes Comellas Aguirrezábal y Magdalena Illán Martín eds. *Mujeres, arte y poder. El papel de la mujer en la transformación de la literatura y las artes*. Sevilla: Ayuntamiento de Sevilla/Dirección General de Igualdad y Cooperación, 2019. 27-48.
- . “Marina de Escobar y la difusión de nueva iconografía cristífera en Hispanoamérica”. En Yolanda Guasch Marí, Rafael Jesús López-Guzmán Guzmán e Iván Panduro Sáez coords. *Identidades y redes culturales: V Congreso Internacional Barroco Iberoamericano*. Granada: Ministerio de Cultura y Deporte: Universidad de Granada, 2021. 519-526.
- Teresa de Jesús. *Obras completas*. En Tomás Álvarez ed. Burgos: Editorial Monte Carmelo, Maestros Espirituales Carmelitas, 2017 [18.<sup>a</sup> ed].
- Tórtora, Camila. *Las visiones de la beata Marina de Escobar (1554-1633): fuente inédita para la codificación iconográfica del ángel militar andino*. Trabajo de Fin de Máster. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2021.

- Triviño, M.<sup>a</sup> Victoria. *Mujer predicadora y párroco*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2019 [1<sup>a</sup> ed. 1999].
- Zarri, Gabriella. *Le sante vive: Profezie di corte e devozione femminile tra '400 e '500*. Turín: Rosenberg & Sellier, 1990.